

# Transgresiones de la sensibilidad

Este sí recoleto y alfombrado



en el que tantas tardes Ciriaquito iba a esconderse huyendo, **entre las risas ahogadas de las niñas** — que, se burlaba



con su habitual tono cansino Ofelia, más que como risas sonaban como cloqueos de gallina si no daba la casualidad de que quien relatara los hechos acaecidos fuese “una de las de Carlota”, tan brillantes siempre y

con aquella soltura de que sabía dotarlas — **y de algún otro ya más que adolescente de aquellos de los que la madre de don Arnaldo decía que nunca madurarían**, del enfado de Matilde encajando, tan de malísimo grado, las bromas pesadas que no se cansaba él de gastarle a costa de la irritación que a ella le producía aquel lujo falso con que Dorotea se esforzaba en “dar prestancia” al almacén hacía ya años vacío de lo que fuera en otro tiempo la tienda de ultramarinos del abuelo de las de Maluenda pero conservaba aquella mezcla densa de olores evocando colas de bacalao y pastillas de jabón Lagarto y longaniza que ella, Dorotea, no lograba enmascarar con ambientadores con aroma de lavanda ni con varillas de incienso.